



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA MUERTE DE DIOS Y LA CRÍTICA A LA FILOSOFÍA DE OCCIDENTE

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

LÁZARO CEDILLO CANO



ASESORA:
DRA. MERCEDES GARZÓN BATES

MÉXICO, 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Al amor de mi vida: Natalí, por todo su apoyo infinito y su comprensión.

A mis hijos: Efraín Azael y Aketzalli Sacnité, amores incondicionales.

A mis padres: Trini y Asunción, por su apoyo de toda la vida.

A mis hermanos: Fausto, Juan, Rita y Víctor, a quienes quiero mucho.

A Mercedes: por su apoyo, tolerancia y excelente disposición.

A mis compañeros y alumnos que reconocen mi esfuerzo y trabajo.

A todos aquellos que me alentaron y alentarán para seguir adelante.

Gracias

ÍNDICE

	Pág.
Introducción.....	1
Capítulo 1 : Crítica al dualismo platónico.....	6
Capítulo 2 : Crítica al fundamento judeocristiano: Dios.....	22
Capítulo 3 : Crítica a la modernidad.....	40
Capítulo 4 : La muerte de Dios.....	52
Conclusiones	64
Bibliografía.....	68

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo trataré de exponer la crítica lapidaria y sin piedad llevada a cabo por Nietzsche contra la metafísica de Occidente a partir del análisis de la “muerte de Dios”, como crítica a la historia de la cultura de Occidente, desde Platón y el Cristianismo hasta la Modernidad.

La desconceptualización filosófica llevada a cabo por Nietzsche inicia cuando trata de, desde la filología, rescatar lo que la cultura de occidente ha desvalorizado: el cuerpo y los sentidos para afirmar la vida en su constante devenir.

Esta tarea será llevada a cabo por Nietzsche a partir de su crítica al platonismo, rescatando los aportes de la filosofía presocrática, principalmente la heraclíteana, y la mitología, con Dionisos y Apolo como figuras centrales. Por tanto, su filosofía se centrará en la crítica a Sócrates y Platón, a quienes considera los fundadores de la metafísica tradicional.

Por lo tanto, el primer capítulo de esta tesina se centrará en analizar la crítica de Nietzsche hacia los temas torales de la filosofía platónica: la teoría de los dos mundos: el sensible y el inteligible, que desemboca en la dualidad antropológica alma-cuerpo, la concepción epistemológico-ontológica de la estaticidad del Ser, identificado con la Idea y la necesidad, como consecuencia,

de colocar nuestra mirada más allá del mundo sensible. Durante la exposición del capítulo se remarcará que la filosofía de Nietzsche se sustenta sobre el *Λογος* de Heráclito: el devenir, la lucha de contrarios y la pluralidad. Nietzsche, en este sentido, verá siempre a la filosofía socrático-platónica como un obstáculo que hay que superar si es que se quiere revalorar a la vida sensible y cambiante, sobre el mundo inteligible.

También intentaré mostrar de qué manera Nietzsche rescata las figuras de Dionisos y Apolo para afirmar el sentido de la tierra y la afirmación de la vida sensible.

Nietzsche logra invertir la filosofía platónica para consolidar el sentido que tiene la vida en el devenir, los sentidos y la tierra. Este punto será el símbolo de la lucha y unión de Apolo y Dionisos para rescatar la inmanencia del mundo sensible sobre la trascendencia de la Idea, gestándose la propuesta nietzscheana del rescate del mundo como pluralidad y diversidad.

En el segundo capítulo argumentaré el ataque teórico de Nietzsche contra el concepto judeocristiano de Dios, con base en la herencia legada por la filosofía platónica de un mundo verdadero más allá de la vida terrena, para mostrar de que manera el cristianismo niega también la vida sensible y cambiante, apareciendo la consolidación de la visión trascendente sobre la inmanente, del nihilismo sobre la vida, del sinsentido sobre el sentido de lo real.

Haré notar que la herencia platónica de la Idea en Dios, realizada por el cristianismo se desplegará hacia todos los ámbitos de la vida y producción humanas. Dios será ahora el concepto supremo que controlará el sentido que

deberá tener la vida, por lo que Nietzsche centrará su crítica en la moral cristiana, donde aparece como instrumento de control para someter a los individuos.

Por eso, Nietzsche reacciona, con coraje y fuerza, contra el cristianismo, pues no acepta que la vida sea negada para alcanzar la eternidad.

Para Nietzsche, el cristianismo representa la voluntad de la nada al negar el cuerpo, los instintos y las pasiones, por lo que su crítica al fundamento cristiano nos lleva a afirmar el valor de la vida y los sentidos.

Esta crítica es fundamental para entender el rechazo de Nietzsche a la distorsión que representa el monoteísmo cristiano como nihilismo negativo en su símbolo esencial: la muerte en la cruz como necesidad para alcanzar la redención.

La crítica nietzscheana ataca la vida ascética como una postura que no acepta que la vida es lucha, placer, dolor, felicidad y sufrimiento, apareciendo como el máximo representante del rencor contra la vida.

El cristianismo es una moral de esclavos, destructiva y nociva para la tierra y la vida.

De esta manera, en el capítulo tercero plantearé los postulados modernos que, para Nietzsche, a pesar de partir de “la muerte de Dios”, planteada por la visión científica que parte de lo empírico, la ciencia, la razón y el progreso, aparecerán ahora como criterio último de verdad, ocupando el lugar vacío dejado por Dios.

Así, en el último capítulo destacaré la importancia de la crítica a la metafísica como condición para lograr la transmutación de los valores tradicionales y empezar a esculpir la figura del superhombre, de aquel que a

través de la actitud del artista creador, pueda transformar las fuerzas pasivas que han dominado a occidente en fuerzas activas que afirmen la vida.

El auténtico sentido de toda la crítica a la metafísica occidental llevada a cabo por Nietzsche se da en sus propuestas que necesariamente tendrán que surgir de los escombros que ha dejado el edificio caído del nihilismo , del sinsentido que representan el platonismo, el cristianismo y la modernidad.

El sentido de la propuesta filosófica de Nietzsche se da a partir de la frase lapidaria que demolerá todo lo que signifique metafísica como negación de la vida.

Ahora, la tarea será realizar esta transformación que modifique las fuerzas reactivas y pasivas en fuerzas activas y creadoras.

Lázaro Cedillo Cano

Junio de 2011

CAPÍTULO 1

CRÍTICA AL DUALISMO PLATÓNICO.

La crítica que le formula Friedrich Nietzsche a Platón (y, por supuesto, a Sócrates) es el rompimiento que establece entre su filosofía y sus antecesores los presocráticos, principalmente con Heráclito. Según Nietzsche la dialéctica platónica se erige en contraposición a la dialéctica de Heráclito. Es decir, contra la teoría heracliteana del movimiento, de la lucha de contrarios, del **Logos** (λογος) y, esencialmente, contra los sentidos. Por eso Nietzsche intenta rescatar la vida del ser humano como eterno movimiento, flujo y devenir.

La concepción divina de los presocráticos y de los griegos en general estaba relacionada en la conceptualización de la lucha de contrarios. Esto se puede percibir en los planteamientos mitológicos donde se encuentra la unidad entre la *Physis* y el *Ser* como una afirmación de las fuerzas naturales e instintivas en las bestias y los seres humanos. Por lo mismo, Platón representa un giro total frente a la visión primigenia que había caracterizado a los presocráticos, en donde

la esencia estaba ligada estrechamente a la existencia para darle el verdadero sentido al mundo y a la vida. Contrariamente, para Platón, el cambio y el devenir son obstáculos para alcanzar, bajo una concepción epistemológico-ontológica, a las ideas y esencias eternas e inmutables. Sin embargo, en los griegos anteriores a Sócrates y Platón prevalece el culto a los dioses como una “invitación a pensar, unir, interpretar y transformar”¹

Esta conceptualización y dinámica de lo real con lo fantástico busca siempre la armonía del devenir con la divinidad, por eso la tragedia y el canto serán la constante para consolidar la esencia y la existencia. De ahí la herencia de esta gran cultura que no se contenta con la mediocridad sino que despliega su energía en la reflexión y la voluntad, por eso

“toda representación de una sucesión natural falta, y solo comienza gradualmente a pesar entre los antiguos griegos con el desarrollo del concepto de necesidad (Αναγκη), de destino (Μοιρα), entronizado por encima de los dioses (...) [Así,] Si un hombre cae abatido por un golpe , es un dios quien lo ha alcanzado con su flecha”.²

En este sentido aparecen unidas una visión totalizadora de la realidad material con la divina. La esencia primigenia del mundo en relación con la naturaleza y la vida.

La lucha de contrarios se manifiesta en esa relación divinidad-naturaleza en la mitología griega que le da sentido a lo real. La dialéctica del

¹ Friedrich Nietzsche, *El culto griego a los dioses*. Madrid, Ed. Alderaba, 1999, pp. 51-52.

² Ibid, p. 58.

movimiento como fundamento del Ser está presente de manera implícita. Un sentido inmanente con el espacio y el tiempo como único sentido de lo que existe. Una ontología revitalizada a devenir deviniendo. Un *Λογος* que se mantiene siempre en relación al Ser.

Por lo anterior, Platón representa un giro total frente a la concepción que había caracterizado a los presocráticos, en especial a Heráclito, en donde la esencia estaba ligada estrechamente a la existencia para darle el verdadero sentido al mundo y a la vida. Contrariamente, para Platón, el cambio y el devenir son obstáculos para llegar, como finalidad última, a la concepción epistemológico-ontológica de las ideas y las esencias.

La filosofía platónica considera a la idea como el ser o fundamento de lo real. La idea sólo se sitúa más allá de la vida sensible y cambiante. La crítica que le hace Nietzsche a Platón se muestra a través de la concepción trágica de Apolo y Dionisos. Dioses griegos que representan polos opuestos. Por un lado lo más elevado, la racionalidad, que es Apolo. Por otro lado lo que le da sentido a la divinidad que representa a la tierra: Dionisos. Los cuales se unen en armonía a través de la lucha de contrarios, entre la música de Apolo y el ditirambo de Dionisos. Por eso Nietzsche menciona que "la música como la violencia estremecedora del sonido, la convierte en tema del sonido"³ y quiere rescatar la contradicción entre estas dos divinidades griegas para llegar a la armonía.

Opuesto a esta concepción Platón plantea lo eterno y la inmutabilidad del ser. La esencia como lo contrario al movimiento. Para Nietzsche Platón

³. Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 51.

renuncia a la herencia griega que comprendía que el devenir y el ser son complementarios, como Dionisos y Apolo.

La idea que, según Platón, es eterna e inmutable, niega permanentemente el sentido de la vida plural y mutable. La negación de la ontología griega y de Heráclito por parte de Platón recae en un planteamiento de la negación de lo diferente para consolidar la teoría ontológica en la univocidad del pensamiento. Platón niega la vida trágica de Apolo y Dionisos, la concepción griega de la tragedia⁴. Para Nietzsche, se distorsiona en la concepción ontológica de la inmutabilidad y perfección de la Idea, en la teoría de Platón. La teoría de las ideas sólo se puede comprender si entendemos su famosa teoría de los dos mundos: dividiendo a la realidad en un mundo de las ideas, por un lado, y el mundo de las sensaciones, por otro. El mundo de las ideas será el lugar donde se encuentra lo verdadero, la esencia, el Ser. Lugar que se contrapone con el mundo aparente, o mundo de las sensaciones, que no es otra cosa que el reflejo de ese mundo divino, perfecto e inmutable. Mundo por el cual sólo se puede acceder a través de la facultad racional: el alma.

Conocer las esencias sólo será posible por la capacidad racional, que está más allá de lo material y lo sensible. Las ideas sólo las puede captar el alma que representa la comunicabilidad de lo perfecto con la existencia de lo aparente. Las ideas como perfectas sólo pueden ser conocidas por lo inteligible, más allá de lo sensible, lo material, lo pasional y lo instintivo, que se ordena en la categoría de lo aparente. El mundo sensible es copia de las verdaderas ideas o prototipos que sólo se pueden alcanzar por medio de un ejercicio permanente de la facultad de

⁴ . Ibid, p. 245.

razonar. Por lo tanto, Nietzsche intenta rescatar el verdadero valor que representa el mundo de los sentidos que niega Platón. El mundo de lo sensible no puede seguir siendo desvalorizado.

Nietzsche intenta regresar y replantear los argumentos filosóficos de Heráclito, ya que

“tendrá eternamente razón al decir que el ser es una ficción vacía. El mundo <aparente> es el único: el mundo verdadero no es más que un *añadido mentiroso...*”.⁵

De esta manera, la filosofía de Heráclito está presente en todo su pensamiento cuando constantemente está criticando la filosofía platónica de los dos mundos. Para Nietzsche el devenir es el fundamento de la existencia, por lo que su crítica se da contra la

“forma más antigua de la Idea, relativamente inteligible, simple, convincente. Transcripción de la tesis –Yo Platón, soy la verdad-”⁶.

La enseñanza de la filosofía tradicional se ubica en Platón en un sentido de unidad en el mundo inteligible. El mundo de las ideas es inaccesible, inalcanzable y desconocido.⁷ Este concepto platónico que no nos ayuda en nada para la concepción de lo real resulta ser un obstáculo para poder acceder al sentido de nuestra existencia, la cual no puede privilegiar a la idea frente a la vida.

⁵ . Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza editorial, 2000, p. 52.

⁶ . Ibid, p. 57.

⁷ . Ibid, p. 57.

Al negar la existencia del mundo verdadero que es el mundo de las ideas para Platón también se elimina el concepto que se mantiene como mundo aparente y reflejo del anterior.⁸

Nietzsche plantea de esta manera la simbiosis y la transformación de los conceptos tradicionales con la inversión de la concepción de los dos mundos platónicos. Ahora sólo existe el mundo aparente. Por lo tanto, tendrá que hacerse una nueva interpretación de lo real, pero dando el verdadero valor a lo que Platón consideraba aparente y un obstáculo para conocer las esencias o ideas.

Por consiguiente, con sus planteamientos Platón desvaloriza al mundo real. Éste que en la terminología platónica es el aparente, Nietzsche lo invierte como la vida fundamentada en los instintos y las pasiones, como la única garantía de que existimos. Instintos que le dan sentido al mundo, a lo real, y que se identifica con el Ser. Las pasiones que nos hacen ser arraigados a la tierra, al movimiento, al tiempo y al espacio, al devenir: único sentido de lo que existe. Contrario a Platón, para Heráclito el movimiento y la lucha de contrarios, que se autoafirman, no necesitan de nada trascendente que los fundamente. Por eso es necesario valorar al cuerpo, la materia, los sentidos, las pasiones, el movimiento, etc.

Platón representa una concepción estática del ser, identificado con la Idea, en la razón. En Platón, la razón tiene que alcanzar la Verdad, pero sólo ella lo puede hacer, sin embargo, dentro del fluido constante de los entes reales y verdaderos, está siempre presente el devenir. No se puede pasar por alto que lo

⁸. Ibid, p. 58.

estático no genera nada, en cambio, el devenir reafirma lo que sucede y existe, según los planteamientos de Nietzsche.

Por eso es importante señalar que para Nietzsche la metafísica se consolida con base en la teoría del Ser de Platón, marcando con su crítica hacia sus planteamientos el rompimiento que él mismo provocó anteriormente con la tradición griega antes de Sócrates. Paulatinamente, después de Platón, se desarrolla la metafísica que desafía todo lo que es captado por los sentidos, mostrándonos a la vida y la realidad distorsionados, carentes de una fundamentación de la verdad. La metafísica desde Platón nos hace creer que lo verdadero son las ideas y que las apariencias son un engaño de lo real.

En consecuencia, la postura de Platón acerca de los dos mundos “ha desvalorizado el mundo real, el que se muestra, el mundo espacio-temporal y ha presentado lo real como un mundo meramente imaginado, una quimera”.⁹

La crítica a la concepción de los dos mundos es una crítica que va dirigida, por parte de Nietzsche, hacia la metafísica ya que demuestra desprecio hacia los sentidos. El mundo suprasensible que representa al ser eterno, imperecedero e intemporal,¹⁰ es el único verdadero. Así, el verdadero sentido de la realidad y del ser está más allá de lo corporal y material para la metafísica tradicional. Por lo tanto, Nietzsche afirmará lo inmanente para retomar el sentido de la existencia que le da el verdadero valor a la tierra. Las raíces que los sentidos nos proporcionan son como un arma para no alejarnos del sentido de lo material.

⁹ . Eugen Fink, *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, p. 167.

¹⁰ . Ibid. p. 167.

Gracias a estas raíces florecen los sentidos y se elevan hacia la trascendencia en la búsqueda de la verdad.

La representación simbólica de Apolo y Dionisos, para Nietzsche, nos remite a la afirmación de la inmanencia. Donde ésta supone la afirmación del cuerpo y los sentidos. Las alas de la razón que necesita el cuerpo y los sentidos para que no desvaríe ni se pierda.¹¹ Inmanencia y trascendencia no fuera de esta vida terrenal sino ligadas a ella por las raíces que nos proporcionan los sentidos y las pasiones, recordándonos que no hay que perder el sentido que da el cuerpo a nuestra existencia.

Pero la crítica de Nietzsche más importante y fundamental hacia la filosofía de Platón es a la consolidación y búsqueda de toda explicación en los conceptos generales y supremos. Tales conceptos también contradicen la tradición trágica de la filosofía. Conceptos que llegan a ser una interpretación errónea de la realidad, que generalizan y disminuyen el valor del verdadero sentido de lo real: lo sensible, por lo que hay que recuperar la filosofía de Heráclito, ya que

“la afirmación del fluir y el aniquilar, que es lo decisivo en la filosofía dionisiaca, es decir, sí a la antítesis y a la guerra, el devenir...”¹²

Contrario a lo anterior, Sócrates y Platón utilizaron conceptos generales para representar pretenciosamente lo perfecto en la idea, negando lo inmanente.

¹¹ . Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 31.

¹² . Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 70.

De ahí que Nietzsche pretenderá rescatar la concepción heracliteana del ser. Al hacer esto le devuelve el sentido del fundamento a lo real, en el plano inmanente.

Para Nietzsche, la metafísica occidental, a partir de Platón, aniquila lo real y le da un valor a lo que está más allá: el mundo de las ideas. La crítica a la metafísica occidental conlleva una labor titánica de un proceso de destrucción de los valores, conceptos y paradigmas, que la tradición ha considerado como estructuras inamovibles, estáticas y perfectas del ser. Una filosofía a martillazos supone la crítica de las ideas de bien, verdad, razón, perfección, alma, esencia, divinidad, etc., que han dominado su historia para darle otro sentido, otro lenguaje, otro marco conceptual, otra estructura donde se renueve el sentido del ser y de la existencia a partir de la afirmación de la vida y no desde la negación de ella.

Por eso la crítica más encarnizada y brutal, como ya se planteó, que Nietzsche hace es contra la teoría de los dos mundos de Platón, ya que no acepta la teoría de que hay un mundo inteligible, de las ideas, como fundamento, más allá de este mundo material, sensible. En este planteamiento se fundamenta la metafísica tradicional. Para comprender este ataque es necesario analizar la propuesta platónica para entender la crítica que le hace Nietzsche a ésta, por lo que es necesario adentrarnos en el fundamento de la filosofía socrático-platónico de la dualidad alma-cuerpo.

El dualismo platónico supone la separación del alma como perfecta e inmortal. Nietzsche critica esta postura al replantear al cuerpo, ya no como el obstáculo para que el alma se realice sino devolviéndole valor al cuerpo, a los instintos y a las pasiones.

Para Nietzsche el invento del transmundo es la consolidación de la desvalorización del único mundo que es el verdadero. El dualismo establecido por Platón entre el mundo trascendente, el mundo de las ideas, y el mundo de las apariencias, el mundo sensible, implica una concepción negadora de la vida.

Por eso Sócrates y Platón piensan que el mundo ideal, trascendente, es el verdadero, despreciando el mundo de los instintos. Por eso Platón es un filósofo que representa la decadencia de las fuerzas vitales al despreciar este mundo terrenal. Platón es el primer metafísico porque sustituye la realidad terrenal por un mundo ideal, perfecto, más allá de las posibilidades del hombre.¹⁴ Afirmando un mundo ideal que sirve de fundamento a lo real.

La crítica de Nietzsche a la metafísica se da a partir de la crítica de los dos mundos de la filosofía platónica. En donde no critica sólo la concepción del mundo trascendente sino a todos los conceptos que lo consolidan como tal. Estos se consideran como los únicos verdaderos, siempre supeditados a la razón y que representan la decadencia de la cultura, la religión, la filosofía, la ciencia, etc. Para Nietzsche, lo que la metafísica ha hecho desde Platón es invertir y tomar lo falso: la Idea, como verdadero y negando la vida: el mundo de los sentidos. Lo que se considera falso para la metafísica tradicional, lo inmanente, es lo que afirma la vida: por eso hay que rescatar los valores vitales, ligados al sentido de la tierra. Es necesario darle otra significación, otro simbolismo, al engaño metafísico que se nos ha impuesto y enseñado durante siglos.

El rompimiento de Nietzsche con la tradición metafísica occidental implica dos momentos: primero, destruye las partes que consolidan y sostienen la

¹⁴ . Op. cit, Cf. *Así habló Zaratustra*, p. 56.

estructura de la teoría de los dos mundos; segundo, el más complicado, será construir un fundamento teórico que consolide el nuevo sentido del ser y de la existencia: una nueva ontología. El primer paso lo ha logrado llevar a cabo y el segundo ha sentado las bases para rescatar el sentido nuevo del devenir. En el tercer capítulo se desarrollará esto con más profundidad.

La filosofía de Nietzsche no sólo significa una reacción negativa en contra de Platón sino que se plantea como crítica a la metafísica occidental para reafirmar y darle su valor al sentido del ser: la vida terrena. Al hacerlo valoriza la existencia espacio-temporal. De esta manera Nietzsche encontrará el fundamento de la vida misma en el devenir, en el movimiento, en la afirmación de los sentidos, no en su negación.

En consecuencia, darle sentido a la vida misma con las raíces penetradas en la tierra será el nuevo sentido de la filosofía nietzscheana. En *Así habló Zaratustra* Nietzsche plantea que

“lo que no es no puede no querer; más lo que está en la existencia...”¹⁵

Por eso es donde se va a amar a la vida misma, para afirmar una voluntad creadora. Lo que no existe no puede ser determinación de lo que existe. Así, el alma no puede controlar nuestro sentido esencial que nos hace ser: nuestro cuerpo. Todo lo demás es una quimera, que como tal hay que tomarla.

El alma es un engaño, con el cual se reniega todavía sobre la esencia de nuestra existencia: los sentidos. La inmortalidad del alma es la garantía, para Platón, de que se va a alcanzar el conocimiento verdadero de las esencias mismas, es el vehículo que nos transportará hacia el *topos uranus*, hacia lo

¹⁵ Ibid, p. 172.

perfecto. El alma-razón es inmortal porque es lo único que debe ser y lo que garantizará nuestra existencia porque mantiene esa comunicación con la Idea. Si no fuera inmortal el alma, entonces sería imposible alcanzar el conocimiento de las esencias y, por lo tanto, de lo perfecto. Es necesaria la inmortalidad del alma porque sólo así se garantizará la existencia de la esencia y la esencia de la existencia.

Al estar en este mundo, que Platón desvaloriza como apariencias, el alma no pierde el conocimiento de las esencias, sino que únicamente olvida lo ya sabe eternamente. Por eso el sentido del proceso de aprendizaje de las esencias por medio de la educación para recobrar a través de la teoría de la reminiscencia los prototipos que le darán sentido a su existencia. Sin este sentido no hay sentido de la vida ni de la existencia. Una esperanza queda para Platón: que el alma se podrá liberar por el proceso mencionado del cuerpo sólo cuando éste muera, o sea, más allá de la muerte. Esperar la muerte del cuerpo para liberarse del obstáculo que representa el no ver las ideas-esencias. Al liberarse el alma del cuerpo el premio será evitar la corrupción a la que siempre nos invita el cuerpo.

Nietzsche, como ya se mencionó anteriormente, considera que esto no lo podemos aceptar, pues conllevaría a negar lo único que nos mantiene con el verdadero sentido de nuestra existencia: la vida. Nietzsche critica esta concepción del alma como inmortal que sólo nos hace huir de lo único que tenemos como auténtico, que nos hace ser. No es a través de la negación del cuerpo como se va a alcanzar la esencia de la verdad, sino a través de su afirmación y aceptación como podremos acercarnos a ella. Lograr esto es alcanzar el verdadero sentido de nuestra vida. Es amarla, no huir de ella.

De esta manera, los conceptos platónicos de esencia, idea, reminiscencia, etc. representan el verdadero engaño que se nos ha impuesto a través de toda la metafísica tradicional de occidente.

La concepción del mundo de las ideas eternas e inmutables es demolida por Nietzsche al intentar rescatar el sentido del devenir. No hay un ser más allá del sentido de la tierra y de la naturaleza. No hay posibilidad de que exista una esencia inmutable. Sólo existe el mundo, este mundo sensible que Platón desprecia y niega. Este mundo de la pluralidad y del devenir que nos muestra el sentido de las cosas y la realidad, la única y verdadera realidad. Este mundo que se nos muestra como es, con la diversidad. No hay nada más allá de esta tierra que se valoriza con el sentido de nuestro cuerpo. Sólo hay voluntad de poder para Nietzsche que se manifiesta constantemente en el movimiento, tiempo, devenir.¹⁶ Esa voluntad de poder que nos impulsa a querer y a valorar, no dogmáticamente, el bien y el mal. Esta valoración no se dará estáticamente sino dinámicamente como es el sentido de la vida, de los instintos, de la existencia apasionada. Revitalizándose constantemente.

La filosofía de Nietzsche además representa una transmutación del sentido tradicional de la filosofía, criticando también a la concepción judeocristiana que retomará la herencia platónica para fundamentar su concepto de Dios. Tema desarrollado en el siguiente capítulo.

¹⁶ Ibid., pp. 169-170.

CAPÍTULO 2

CRÍTICA AL FUNDAMENTO JUDEO-CRISTIANO: DIOS

En el capítulo anterior expusimos la crítica de Nietzsche al dualismo platónico, el cual posteriormente fundamentará la idea cristiana de los dos mundos.

Trataré de mostrar cómo, para Nietzsche, el cristianismo es una continuación del dualismo platónico. El cristianismo, como dualidad que le da sentido a lo real. Dios aparece como fundamento de los valores judeo-cristianos, como fundamento último de lo real. Al igual que la idea, aparece como trascendente y separado de lo inmanente, que está en contradicción con la vida terrenal, pasional, instintiva, sensual y cambiante. Dios, garantía de la existencia de su reino,

“<ideal>, en <espíritu puro>, en un <absolutum> (absoluto),
en <cosa en sí>...”.¹⁷

Dios, como contradicción de la vida misma. Éste aparece como la meta de una actitud de los “débiles” y “predicadores de la muerte”, como Nietzsche nombra a los cristianos (y a los creyentes en alguna religión en general). Dios como el más allá. Mundo separado de lo real, pero como última meta de lo real mismo. Concepción cristiano-platónico que garantizará la posibilidad de la existencia de otro mundo, más allá

¹⁷ Op. cit., Cf. *Anticristo*, p. 137.

de éste, considerado por Platón como imperfecto y corrupto, pero que en el cristianismo se caracteriza como el medio para llegar al mundo ideal, al paraíso, al reino de Dios. Conversión cristiana del platonismo, pero ahora como pecado, obstáculo, debilidad y sufrimiento. Aun así, como medio para aspirar al paraíso prometido que nos alejará del sufrimiento. Un premio para el que consiga negarlo, dominarlo: la vida eterna. A final de cuentas una postura completamente platónica.

Así, la teoría de los dos mundos platónicos se mantiene en el cristianismo: el mundo terrenal, por un lado, y el mundo divino, por el otro. Dos mundos que se contradicen, pero que se necesitan el uno al otro. El mundo divino que necesita del terrenal como creación de Dios mismo, como puente y finalidad. El mundo terrenal donde podemos ubicar a los sentidos y al cuerpo que son corrupción, vicio y pecado. Éste, se caracteriza por el devenir que distorsiona al ser humano. Inmanencia que se fundamenta en el mundo trascendente de Dios. La vida terrenal identificada con el pecado, producto de la corrupción del cuerpo y que contamina y degenera el alma. Valle de lágrimas que conlleva una actitud de sufrimiento, del paso necesario del ser humano por este calvario, necesario para alcanzar el paraíso, el lugar de lo eterno, lo inmutable, lo perfecto y lo divino. El reino de la paz eterna, premio por la autoflagelación a la que estamos condenados.

De esta manera, sólo se puede alcanzar la salvación, el paraíso, por medio de la negación del pecado, que garantice la negación de la naturaleza humana misma. De ahí, el sentido del pecado en la moral cristiana donde se desvaloriza la naturaleza misma.

“La desobediencia a Dios, esto es, al sacerdote, a la ley, re-

cibe ahora el nombre de <pecado>”.¹⁸

Por esto el sentido de la vida misma en la tierra es la reconciliación con Dios. El pago será la sujeción y dependencia hacia el sacerdote y la ley divina. Pecar es caer en la tentación de la carne, del cuerpo y de los sentidos. Dejarse corromper por el devenir necesita un perdón. Este perdón será concedido a través de mediadores que Nietzsche les da el nombre de predicadores de la muerte: los sacerdotes. Estos enseñan la virtud máxima del cristianismo que será:

“<¡tú debes matarte a ti mismo! ¡Tú debes quitarte de en medio a ti mismo!>”.¹⁹

Para alcanzar el perdón se necesita pagar una deuda en esta tierra. Es necesario que el ser humano peque, ya que sólo así habrá una relación con Dios por medio de la reconciliación. Esto se logrará porque:

“<Dios perdona a quien hace penitencia> --dicho con claridad: a quien se somete al sacerdote”.²⁰

Al delimitar el círculo de acción, de acuerdo con Nietzsche, se da la esencia de la moral judeo-cristiana como una relación de poder, concentrada en el plano del mundo terrenal por medio de los intermediarios hacia Dios mismo: la figura de los sacerdotes, los máximos ascetas que controlan todos los niveles del negocio que representa la religión misma.

Como herencia de la filosofía platónica, el cristianismo le atribuye a Dios todas las categorías y características que lo van a significar como el concepto de conceptos: uno, eterno, inmutable e infinito.

¹⁸ Ibid, p. 154.

¹⁹ Véase “De los predicadores de la muerte”, en: *Así habló Zaratustra*, op. cit., p. 77.

²⁰ Op. Cit., Cf. *Anticristo*, p. 154.

Asimismo, se identifica con lo inteligible (omnisciente), lo perfecto (omnipotente) y el fundamento de todo lo existente (infinito). De esta manera el cristianismo aborrece los impulsos naturales y los instintos de nuestra vida. Por eso, para Nietzsche es importante llevar a cabo el rescate del sentido de nuestra existencia al dar el verdadero valor que tiene nuestro cuerpo, nuestros instintos y deseos, arraigados consistentemente a la tierra. Al rechazar que Dios sea el fundamento trascendente de lo existente, Nietzsche pretende afirmar con el movimiento y el devenir, el fundamento inmanente que afirma las fuerzas creadoras de la vida (voluntad de poder).

Por lo tanto, el sentido auténtico de lo real se afirmará en el mundo de los sentidos, del espacio y del tiempo, del mundo material y cambiante, y no en una instancia trascendente.

El fundamento de nuestra vida tiene sus raíces en lo sensible. Por eso, la única manera de darle el auténtico valor a nuestra existencia es consolidar el sentido de nuestro cuerpo, no negarlo. No buscar el fundamento en un mundo trascendente, sino en lo inmanente: en la tierra.

La valoración que lleva a cabo Nietzsche hacia el sentido de la tierra conlleva una tarea simultánea: el rescate de los conceptos “espíritu”, “razón” y “cuerpo”, contra la idea judeo-cristiana de “espiritualidad” y “alma”. El espíritu será un instrumento de la razón misma para tomar una actitud frente a la vida aferrándose a ella, no querer escapar de ella ni mucho menos tratar de negarla. Para Nietzsche éste es el <espíritu libre>, con una actitud positiva de no negar la existencia sino, todo lo contrario, afirmar su existencia y sólo su existencia. Una actitud positiva dentro de la vida misma, una actitud hacia el rescate del sentido de la vida, contra los negadores del cuerpo, los judeocristianos.

Un espíritu ligado a la razón vital contradiciendo a la fe cristiana. Razón que está ligada una vez más al sentido de la existencia humana y que busca, no la verdad teórica, sino la que permite consolidar el sentido de la tierra. La verdad como el último sentido de la razón es un absurdo idealismo, un espíritu resentido que ataca lo que no se parece a él. No basta negar al judeocristianismo, ni al concepto de Dios, ser ateo. No basta, pues con esta actitud:

“se hallan muy lejos de ser espíritus libres: *pues creen todavía en la verdad*”.²¹

La razón que se identifica con la vida, que toma una actitud diferente a la exclusivamente teórica, no se ocupará en la búsqueda de la verdad, pues ésta no existe. Nada es verdadero y hay que dejar de creer en la verdad misma.

El cristianismo es una actitud de la supremacía de la fe en un valor metafísico y en un valor en sí de la verdad. Por eso el ataque constante de Nietzsche hacia este tipo de verdad que está presente en Platón mismo al intentar, como ahora lo hace el pensamiento judeocristiano, imponer:

“la creencia de que Dios es la verdad, de que la verdad es divina”.²²

A este tipo de verdad que se aparta de la vida y la tierra es a la que Nietzsche dirige su crítica hacia Dios mismo, que es la más grande y larga mentira que se ha concebido en toda la historia de occidente. El concepto monoteísta del Dios cristiano como fundamento de lo real y de lo existente se transmitirá por toda la historia de la metafísica de occidente. El monoteísmo occidental entendido como una distorsión de la naturaleza misma de la realidad. Un solo Dios alejado de las entrañas de la tierra,

²¹ Op. cit., Cf. *Genealogía*, p. 191.

²² Ibid, p. 193.

que en el judeocristianismo representa el fundamento trascendente de lo existente. Dios como creador, como hacedor de todo lo que existe. Negación de la pluralidad, negación de lo que caracteriza a la tierra. Negación del tiempo y del espacio, del devenir, del cuerpo y de los sentidos, de la vida. Corrupción de lo real en la concepción de un solo Dios verdadero. Negación de las explicaciones mitológicas griegas que rescatan el sentido de la pluralidad en la divinidad misma. No en el más allá, sino ligado a la existencia de la naturaleza.

Frente al cristianismo, Nietzsche voltea su mirada hacia las concepciones mitológicas antiguas griegas y orientales. El cristianismo seguirá moviéndose en el dualismo platónico, de la búsqueda de un sentido más allá de la tierra, en un mundo ideal, ahora identificados con los conceptos judeo-cristianos de paraíso y cielo, conceptos concebidos como garantías de la vida eterna. La búsqueda en la vida para lograr y merecernos un lugar en la vida eterna, en presencia de Dios mismo. Magnífico regalo como premio de la constante negación de la realidad misma, única realidad concebida como existente. Premio y consuelo para los que se dejaron redimir por los predicadores de la muerte. La inmortalidad prometida por medio de la negación misma del cuerpo y de la vida. Premio al sufrimiento, a la cruz soportada con actitud estoica, a la humillación. La vida eterna como consolidación del nihilismo judeocristiano. Premio que se alcanza por pagar las culpas al aceptar que se ha pecado. Que se es culpable del pasado. Culpable del pecado original, de la muerte de Jesucristo en la cruz y de otros acontecimientos del pasado que demuestran la justificación del pago de la culpa. Sentimiento de culpa que acompañará al ser humano toda la vida en la tierra. Reconocer que se tiene culpa es lograr el primer paso para

alcanzar el reino de Dios, para empezar a pagar las culpas de otros por la penitencia judeocristiana.

Estos conceptos que utilizará la religión judeo-cristiana serán, según Nietzsche, el engaño tiene la moral para convencernos de que no importa el cuerpo, ni los sentidos ni lo material, sino que lo importante será la vida del espíritu, el ascetismo.

El ascetismo es la actitud característica de la concepción moral judeocristiana en cuanto es una negación de la vida misma. El ideal ascético para el hombre es:

“su *horror vacui* (horror al vacío); esa voluntad *necesita una meta* – y prefiere querer *la nada a no querer*”.²³

Ideal ascético que corrompe lo que es digno de alabanza y amor. La crítica de Nietzsche a la actitud ascética de la religión judeocristiana se centra en la aplicación de las virtudes que permitirán lograr la última meta, la salvación: la vida eterna. Virtudes que se fundamentan en tres actitudes hacia la vida: la pobreza, la humildad y la castidad. Estas virtudes representan en sí mismas una negación completa hacia la vida misma. Virtudes que muestran la debilidad de los fundamentos de toda moral. Estas tres virtudes estarán vigiladas, para que se cumplan, por la figura del sacerdote, que será el juez y espía para lograr su realización. El asceta, sin embargo, es un resentido de la vida, pues tiene rencor contra el desarrollo de la vida, contra la belleza y la alegría. Toda su vida adquiere sentido cuando aparece el dolor, la negación de sí, la autoflagelación, el autosacrificio. Para Nietzsche:

“el asceta trata la vida como un camino errado, que se acaba por tener que desandar hasta el punto que comienza; o como

²³ Ibid., p. 128.

un error, al que se le refuta –se le debe refutar- mediante la acción”.²⁴

Representa al predicador del nihilismo mismo, la voluntad de la nada, como la última voluntad del hombre al querer fugarse de esta realidad cambiante. Actitud que demuestra un espíritu enfermo, resentido y culpable. El cristianismo produce seres humanos que se sienten derrotados, débiles, vencidos y envenenados porque tienen su cuerpo y están en esta tierra, la única posible. En esta posición germinan y se desarrollan los sentimientos de venganza y rencor contra los espíritus libres, los que aman la vida y son victoriosos, fuertes. La postura ascética es una visión de la vida entendida como:

“<culpa>, <pecado>, pecaminosidad>, <corrupción>, >condenación>”.²⁵

Es una concepción que quiere dominar a los demás y arrastrarlos al redil, al rebaño, donde la individualidad se pierde y se someten los sentidos.

El último anhelo del ideal ascético es ser redimidos por el pago de nuestros pecados. Esta redención se llevará a cabo por la figura principal del judeocristianismo: Jesucristo, que más adelante se tratará con profundidad. La figura de Jesucristo representa la formación de la moral pesimista hacia la vida, que se fundamenta principalmente en afirmar algo más allá de la vida terrenal, en la vida eterna, por medio del agente que garantizará su existencia: el alma inmortal. El alma es la garantía de la existencia del ser humano que permitirá el paso hacia la salvación judeocristiana y que será el elemento clave para lograr el ideal ascético. Gracias al dominio del cuerpo, a través del ejercicio del alma, se luchará contra las tentaciones del

²⁴ Ibid., pp. 151-152.

²⁵ Ibid., p. 165.

cuerpo y de la vida, que sólo nos llevan hacia el pecado. El alma asegura alcanzar el perdón de las culpas que los seres humanos traen y contraen con el mundo y será el instrumento que los sacerdotes judeocristianos utilizan para garantizar el sometimiento de la carne y la renuncia a la vida. Por eso son:

“predicadores de la muerte: y la tierra está llena de seres a quien hay que predicar que se alejen de la vida (...) apenas han nacido y ya han comenzado a morir, y ansían doctrinas de fatiga y de renuncia”.²⁶

Contrario a este planteamiento de buscar más allá de la vida el fundamento de nuestra existencia, Nietzsche afirma la vida en el devenir. Por eso el cristianismo es un obstáculo para rescatar el sentido inmanente de la tierra, para afirmar la vida misma y superar el nihilismo.

El cristianismo es nihilista, pues refleja la negación de lo existente. Es nihilista, ya que es resultado del proceso del lavado de culpas y de pecados. Nihilismo negativo y pasivo contra la vida, que interpreta el sufrimiento como sentimientos de culpa y de temor hacia Dios, hacia la nada misma. El ideal ascético tiene una meta donde pretende alcanzar lo universal en Dios mismo, después de la muerte, más allá de la vida. Nihilismo que rechaza y niega la vida. Dios es el fundamento nihilista de la metafísica: verdad absoluta que se convierte en la negación, de los sentidos y del cuerpo. Dios es la máscara de la nada. Nietzsche considera que:

“el hombre se ha convertido en un animal, animal sin metáforas, restricciones ni reservas, él, en que su fe anterior era casi Dios (<hijo de Dios>, <hombre Dios>)

²⁶ Op. cit., Cf. “De los predicadores de la muerte”, en *Zaratustra*, pp. 76-77.

(...) rueda cada vez más rápido (...) hacia la nada”.²⁷

En la actitud nihilista judeocristiana no florece nada. Sólo existe la espera para llegar al patíbulo, hacia la muerte segura por inanición. Muerte lenta a la que desde que nacemos estamos condenados.

De esta manera, la destrucción de la metafísica tradicional de occidente llevada a cabo por Nietzsche será efectiva a partir de que asumamos la “muerte de Dios”²⁸. Dios es una falsa ilusión que ha sido impuesta por el pensamiento judeocristiano. Por eso la historia de la metafísica tradicional ha sido el intento de expulsar al devenir del ser y negar al ser la posibilidad del devenir. Por lo tanto, como afirma Eugen Fink, citando a Nietzsche,

“sólo existe el mundo experimentable por los sentidos, el que se muestra por el espacio y el tiempo, la tierra bajo este cielo y con las cosas innumerables entre el cielo y la tierra. Pero este mundo único, real, efectivo, móvil y viviente, cuyo principio de movimiento es la voluntad de poder, no conoce nada estable, quieto, sustancial; es movimiento, tiempo, devenir, y nada más; es decir, es voluntad de poder, y *nada más*”.²⁹

La idea central a partir de la cual Nietzsche intenta destruir a la metafísica judeo-cristiana será la *voluntad de poder*, que más adelante analizaremos.

En este sentido, la destrucción de la metafísica tradicional supone la crítica al pensamiento judeo-cristiano, que ha impuesto valores que sólo niegan la

²⁷ Ibid., p. 196.

²⁸ Ibid., véase el argumento del “Prólogo” al respecto, pp. 31-46.

²⁹ Eugen Fink, *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Universidad, 1996, p. 165.

realidad, conceptos vacíos, huecos, que sólo producen sonidos sin sentido. El concepto Dios es el primero de estos conceptos, como fundamento del nihilismo y negación de la vida, por lo que la muerte de Dios supone la ardua tarea de crear otros valores que le den sentido a la vida misma y que no sean su negación. El concepto de Dios que se había consolidado como el que le da sentido a todo, aparece como la negación de todo lo real, de lo que existe. Concepto creado para demeritar lo existente. Así, el dominio de Dios, como la nada, es el contrasentido de la naturaleza humana en todo lo que ésta tiene de vital.

Por eso, en el fondo, Dios aparece como una máscara, como el disfraz de la nada. Esta nada que es intrínseca al concepto de Dios mismo. El acercamiento a Dios se da por medio del sufrimiento, el endurecimiento, la disciplina, la dogmatización. Hay una mentira escondida que se convierte en una voluntad de engaño que tiene su principal arma en la conciencia de culpa. La conciencia cristiana oculta el verdadero rostro de la bestia que quiere devorar en silencio lo más importante y preciado del ser humano: su cuerpo. Así, en el cristianismo –nihilismo- no florece ni crece nada. El cristianismo es la religión del sufrimiento, de un espíritu debilitado por el peso de la culpa y el resentimiento. Fundamentos que se sostienen por sus dogmas, que ocultan la debilidad de los ideales cristianos. Por éstos, la moral cristiana es decadente, ya que:

“todas las grandes cosas perecen a sus propias manos,
por un acto de autosupresión: así lo quiere la ley de la vida,
la ley de la <autosuperación> necesaria que existe en la
esencia de la vida(...) Así es como pereció el cristianismo,
en cuanto dogma, en manos de su propia moral; y así es

como ahora también el cristianismo en cuanto moral tiene que perecer”³⁰.

Es decadente, porque es una moral de esclavos y de débiles, pues:

“se repugna a los sentidos, a la razón misma, el miedo a la felicidad y a la belleza, donde se anhela apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo y anhelo mismo”³¹.

Para que funcione el control del cristianismo sobre la realidad sensible, el sacerdote crea una enfermedad que hace débiles a los seres humanos. Por esta desgracia del sufrimiento se llega al simbolismo de “Dios en la cruz”³². Símbolo del sufrimiento y del dolor como redención y salvación. Por eso, considera Nietzsche que el cristianismo es la máxima desgracia de la humanidad. La moral del rebaño es una completa disolución de la vida en el sufrimiento y la culpa. Es inaceptable dentro de la moral cristiana ser fuerte, audaz, crítico. El virtuoso es el obediente, el humilde, aquel que acepta, que dice “sí” como todo el rebaño y que anula su ser propio, su querer, su individualidad:

“el placer del rebaño es más antiguo que el placer de ser un yo”.³³

La crítica al fundamento judeocristiano supone, por lo tanto, recuperar el sentido de la vida. Afirmar y revalorar la vida terrenal, inmanente, dejando a un lado los conceptos cristianos que niegan la sensualidad y la pasión.

Según Nietzsche, el representante de la moral cristiana es el personaje histórico que cambió la vitalidad por el sufrimiento: Jesucristo. Esta figura desplaza a

³⁰ Op. cit., Cf. *Genealogía*, p. 203.

³¹ Ibidem. P. 205.

³² Op. cit., Cf. *Anticristo*, p. 205.

³³ Op. cit., Cf. “De las mil metas y de la única meta”, en: *Zaratustra*, p. 97.

las figuras mitológicas de Dionisos y Apolo, destruyendo los valores esenciales que afirman la vida. Por eso, Nietzsche considera al cristianismo como negación de fuerzas vitales. Para Gilles Deleuze,

“la laceración dionisiaca es el símbolo inmediato de la múltiple afirmación; la cruz de Cristo, el signo de la cruz, son la imagen de la contradicción y de su solución, la vida sometida a la labor de lo negativo”.³⁴

El cristianismo, en tanto nihilismo, es resultado de la negación de la vida y será el punto más fuerte y débil del hilo que algún día tendrá que romperse por lo más delgado. Para “salir” del nihilismo, habrá que rescatar el verdadero sentido de la vida, fundamentada en los sentidos, en los deseos y en el devenir.

El nihilismo cristiano instaura una moral cuyos valores representan una cultura de esclavos y débiles. La moral del rebaño, que en la historia de occidente marca una cultura del resentimiento hacia los valores que afirman la vida terrenal. La bondad será identificada con humildad, ignorancia, inferioridad y aniquilamiento de la individualidad para perderse en la colectividad, en el todo, en lo universal, en la masa, en el rebaño.

La filosofía nietzscheana intenta, entonces, rescatar la fuerza vital del individuo, que afirma la vida y supone la crítica constante de los conceptos metafísicos judeocristianos de verdad, igualdad, perdón y humildad para revalorar la condición humana criticando la universalización de los conceptos. Conceptos que colocan a toda la metafísica occidental como una representación del nihilismo. Así, en el mismo desarrollo del pensamiento judeocristiano hay una continuación de la gestación de la

³⁴ Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Ed. Anagrama, 2000, p. 28.

decadencia de nuestra cultura que se inicia con el platonismo. Un claro ejemplo de ello es el paso por la Edad Media en la que el pensamiento como tal se dogmatiza logrando aniquilar, no por completo, el valor hacia la vida misma, a partir de la lucha encarnizada del cristianismo contra los instintos y los placeres, en su intento por controlar nuestros instintos y negar nuestro cuerpo. La moral es el instrumento para controlar nuestros instintos y placeres. Esclavización y negación de lo corporal en nombre de Dios. Afirma Nietzsche:

“En la alta Edad Media, cuando de hecho la Iglesia ante todo era una casa de fieras, se daba caza en todas partes a los más bellos ejemplares de la <bestia rubia> (...) Había sido convertido en un <pecador> (...) Allí yacía ahora, enfermo, mustio, aborreciéndose a sí mismo; lleno de odio contra los impulsos que incitan a vivir, lleno de sospechas contra todo lo que continuaba siendo fuerte y feliz. En suma, un <cristiano>... Dicho fisiológicamente: en la lucha con la bestia al ponerla enferma *puede ser el único medio de debilitarla*. Esto lo entendió la Iglesia: *echó a perder al hombre, lo debilitó...*”³⁵.

Aunque “aparentemente” el Renacimiento pone límites a la enfermedad del pesimismo de la doctrina judeocristiana y de su moral destructiva y nociva para el sentido de la tierra y el cuerpo practicada hasta sus extremos en el medievo. Sin

³⁵ Véase “De los <mejoradores > de la humanidad”, en: *Crepúsculo...* op. cit., pp. 78-79. Las cursivas y las palabras encerradas en signos son utilizadas por el mismo Nietzsche. El concepto <bestia rubia> tiene sentido en el lenguaje de Nietzsche refiriéndose a lo elevado en varias culturas antiguas. Véase nota 93 de la edición citada.

embargo, la aparición de la modernidad representa, para Nietzsche, la continuación del pensamiento nihilista que domina a occidente, ahora a través de los conceptos de: libertad, progreso, ciencia e igualdad. De esta manera toda la historia de la metafísica occidental desde Platón hasta la modernidad será considerada por Nietzsche como nihilista. El paso de las monarquías, las majestuosas cortes, a la creación de Repúblicas y Estados también son nihilistas. El aparente triunfo de la política tendría que ser el triunfo de la cultura, pero esto no es así, ya que:

“la cultura y el Estado –no nos engañemos sobre esto- son antagonistas (...) Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a costa de lo otro. Todas las épocas grandes de la cultura son épocas de decadencia política: lo que es grande en el sentido de la cultura ha sido apolítico, incluso *antipolítico*”³⁶

Con esto empieza Nietzsche la crítica a los fundamentos desarrollados durante la etapa revolucionaria de la modernidad. Crítica encarnizada por uno de los filósofos más contundentes y destructivos de la cultura moderna de occidente y que será tema de nuestro siguiente capítulo.

³⁶ Ibid., p. 86. Las cursivas son de Nietzsche.

CAPÍTULO 3

CRÍTICA A LA MODERNIDAD

La crítica lapidaria y sin piedad llevada a cabo por Nietzsche a la metafísica occidental, desde Platón hasta el cristianismo, la prosigue con mayor intensidad en el desarrollo mismo de la modernidad, ahora dirigida a todos los aspectos de la cultura: política, ciencia, conocimiento y filosofía.

La relación inherente que se ha conformado entre la ciencia moderna y el concepto cristiano de Dios va arrastrando consigo lo poco valioso que se ha producido desde el Renacimiento hasta la actualidad. Esto en razón de la cultura del pesimismo y de la decadencia moral que invade todo el ámbito occidental.

La metafísica moderna sigue actuando con base en el enmascaramiento impuesto por el idealismo judeocristiano, que ni la misma ciencia logra superar, pues traslada el fundamento, identificándolo ahora con la

explicación científica que garantiza el avance de la humanidad hacia una meta: el progreso.

La verdad científica desprecia y es hostil a la vida misma. Esta visión se caracterizará por ser voluntad de verdad. La verdad científica, que pretende afirmar principios universales y necesarios, niega también el sentido de la vida que no se agota en su aspecto teórico. Frente a ésta, Nietzsche pretenderá afirmar una verdad vital.

El primer paso será, entonces, destruir la verdad desde una perspectiva exclusivamente teórica, entendida desde la “objetividad” de la verdad y el rigor científicos que supone una comprensión causalista y finalista del mundo.

Para Nietzsche, la ciencia sigue siendo, en el fondo, dominada por el idealismo ascético, dominada por el rigor del conocimiento experimental y empírico, por lo que considera que los científicos son:

“pálidos ateístas, anticristos, inmoralistas, nihilistas,
estos escépticos , efectivos, *héticos de espíritu*, [...]
últimos idealistas del conocimiento, únicos en los
cuales se alberga y se ha encarnado la conciencia
intelectual [...] Se hallan muy lejos de ser espíritus
libres: pues creen todavía en la verdad”.³⁷

La ciencia descansa sobre la verdad entendida como algo universal y alejado de la sensibilidad, como lo hace la actitud ascética cristiana y que se repite en la confianza en la verdad científica de la modernidad. Con su quehacer

³⁷ Cf. *Genealogía...* op. cit., pp. 190-191. Las cursivas son de Nietzsche.

filosófico, Nietzsche critica la ciencia atacando de raíz su sentido y su finalidad, ya que la ciencia moderna coloca su valor:

“sobre una *fe metafísica* –también nosotros los actuales hombres del conocimiento, nosotros los ateos y antimetafísicos, también nosotros extraemos nuestro fuego de aquella hoguera encendida por una fe milenaria, por aquella fe cristiana que fue también la fe de Platón, la creencia de que Dios es la verdad, de que la verdad es divina...”³⁸

Nietzsche planteará que es necesario llevar a cabo una crítica a la ciencia, poniendo en jaque el concepto de verdad experimental, en tanto ésta nos “salva” de la ignorancia por medio del avance y el progreso científico.

Es necesario darnos a la tarea de comprender a la ciencia no como impulsora de resultados cognoscitivos, como un modelo y/o ideal metódico, pues la ciencia ahora ocupa el lugar de Dios, como último principio explicativo de lo real, a través del progreso como fuente de salvación y de fe.

Nietzsche no considera a la ciencia como una representación del mundo como verdadero. Al contrario, rechazará el modelo del pensamiento científico para afirmar un pensamiento que apunte a la revaloración de la vida. Esta será la actitud del verdadero “espíritu libre”, que supone, en palabras de Vattimo:

“una actitud de mayor libertad, equilibrio, sobriedad del hombre ante el mundo.”³⁹

³⁸ Ibid, p. 193.

Frente al pensamiento científico, Nietzsche pretende, a través del arte, rescatar nuestra relación con el mundo. Esto marcará la distinción del pensamiento artístico, vital, como actitud opuesta al espíritu cientificista de la modernidad.

El arte nos enseña:

“a obtener placer de la existencia, a considerar la vida humana, como un trozo de naturaleza [...] esto necesario en el hombre científico [...] en él revive el interés y el placer que sentimos por el proceso de errores del que nace el mundo de la representación, elevándonos por encima de él”.⁴⁰

La perspectiva nietzscheana nos proporciona la posibilidad de un pensar que surja de las raíces profundas de la vida y que estaría representado, por la metáfora del águila y la serpiente, en *Así habló Zaratustra*:

“que un águila cruzaba el aire trazando amplios círculos y de él colgaba una serpiente, no como si fuera una presa, sino una amiga: pues se mantenía enroscada en su cuello (...) El animal más orgulloso debajo del sol y el animal más inteligente debajo del sol...”⁴¹

Es decir, que se identifique con la comunión entre Apolo y Dionisos. Una razón vital que conjugue: sueño y realidad, juego y seriedad, locura y sabiduría (lucha de contrarios). Descubrir al juglar y al héroe que llevamos

³⁹ Gianni Vattimo, *Introducción a Nietzsche*, Barcelona, Ed. Península, 1985, p. 56.

⁴⁰ Friedrich Nietzsche, *Humano demasiado humano I*, Madrid, Alianza editorial, 1997, p. 157.

⁴¹ Véase el final del Prólogo en: *Así habló Zaratustra*, p. 46.

escondido dentro de nosotros mismos, pues Nietzsche ya no hablará más de la interioridad como templo sagrado, como lugar del alma. El arte mismo logrará destruir este falso sustento de la metafísica occidental.

La revaloración del aspecto artístico tendrá como finalidad quitarle a la ciencia moderna su carácter rígido, exacto y objetivo. El arte rescatará al pensamiento, destruyendo el pesimismo y superando la autosupresión de la sensualidad que éste mantiene desde Platón. De hecho, Platón, para Nietzsche, es considerado un filósofo que está en contra del arte, que está en contra de la creación artística, rebajándola, pues está por debajo del concepto, de la idea, de la actividad teórica.

La crítica llevada a cabo por Nietzsche supone partir del querer, de la voluntad, rechazando los conceptos universales y objetivos, que lo único que han hecho durante la historia ha sido negar a la vida misma. El arte afirma las fuerzas creadoras, necesariamente capaces de lograr que la vida y la existencia sean valoradas.

El arte afirma la voluntad de poder, voluntad absolutamente creadora que no busca la verdad en el conocimiento teórico, alejado de la vida, sino que se identifica con el dinamismo de las fuerzas vitales. Sólo con base en la relación verdad-arte podremos salir del nihilismo, al crear una cultura que pueda afirmar una racionalidad vital, que supone:

“... una [verdad] para sentir la ciencia, otra [arte] para sentir la no ciencia, que están la una junto a la otra, sin confusión, separables, aislables: ésta es una exigencia de la salud. En un campo se encuentra la fuente de

energía, en el otro el regulador: con ilusiones, parcialidades y pasiones, es preciso dar calor; con la ayuda de la ciencia cognoscitiva hay que evitar las malas o peligrosas consecuencias de un exceso de calor”.⁴²

La superación del nihilismo implícito en la ciencia moderna será realizada por la relación verdad y arte. Una vez más el retorno a las figuras de Apolo y Dionisos, donde el auténtico artista, no como resultado de la pesadez moral e ideológica platonismo-cristianismo-modernidad, se desarrollará no en busca de una finalidad, ni la primera ni la última, sino dándole un sentido al mundo que deviene. La superación del espíritu de la pesadez, del nihilismo, se logrará al afirmar el sentido de estos dos dioses griegos. La embriaguez, como necesaria, para que el arte exista y se llegue al artista creador que se goza a sí mismo como perfección. El espíritu libre, con su actitud ante la vida, no quiere más, no soporta, la herencia que le han dejado los nihilistas. Está cansado del agotamiento, de la pesadez, la vejez, la falta de libertad y del odio que germina por la semilla que le han colocado en su espíritu. El espíritu tendrá al arte como el gran estimulante para vivir.

El espíritu libre será, al mismo tiempo, artista creador porque es un niño. Toma como fundamento el crear por medio del juego. Un niño juega y con él disfruta el crear.

Retomemos las tres transformaciones metafóricas que Nietzsche considera necesarias, en *Así habló Zaratustra*, para llegar al superhombre:

“Con todas estas cosas, las más pesadas de todas,

⁴² Véase *Humano... I*, op. cit., p. 251.

carga el espíritu paciente: semejante al camello que corre al desierto con su carga.

Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa, y ser señor en su propio desierto. [...]

¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí”.⁴³

El espíritu libre está en la tercera transformación. Ha superado el ser camello, cuando estuvo dispuesto a cargar las cosas más pesadas. Donde su espíritu estaba educado, adiestrado, sólo para obedecer. Esta época es la de la abnegación platónica y cristiana dentro del curso de la historia. Actitud del camello que no le permite ni fijarse en su condición, ni reflejarse, porque hasta eso sería “pecado”. Esta condición está arraigada por el “Tú debes”. Un deber como compromiso humillante ante la verdad. Cargar con lo más pesado es la disposición del camello. El camello que se encuentra solo en el desierto con su carga, a la que va a estar condenado hasta los últimos momentos de su existencia esperando que alguien lo libere.

⁴³ Cf. “De las tres transformaciones”, en: *Así habló Zaratustra*, op. cit., pp. 49-51.

Para Nietzsche es en el mismo desierto donde se da la segunda transformación: el león. La base de la actitud del espíritu que se rebela de la anterior condición que aceptaba todo, y representa la búsqueda de la libertad, ya que, al transformarse en león, tendrá la fuerza y se aventurará a destruir y abandonar la carga que suponen los valores de la tradición. Querrá darle otro sentido a su vida. Significa dejar de soportar el espíritu de la pesadez con su voluntad de la nada, fundamentado sobre la herencia cristiana en la búsqueda de una finalidad última: la salvación. El espíritu libre tendrá la tarea de buscar otro sentido para salir del nihilismo, afirmando la vida, para lo cual hay que abrirse a la multiplicidad de perspectivas.

La tercera transformación es la del niño. El león, que tiene la capacidad de liberarse de la carga de la tradición, se pasa al niño, que con su inocencia es capaz de crear una valoración fundamentada en el decir “sí a la vida”. De aquí nace la actitud que tiene que mostrar el espíritu libre: el ser creador. Afirmando la vida para empezar a jugar en el mundo. La creación como arte. El arte como arma del espíritu creador para aniquilar al nihilismo. Hacer a un lado el absurdo de la voluntad de la nada y crear los valores con base en el rescate de la voluntad de poder del “sí quiero”, frente al “debo”. Recuperando con ésta a la tierra, la inocencia, sin culpa, del niño.

Para Nietzsche, por lo tanto, en palabras de Zaratustra, el espíritu libre necesitará:

“Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa
un santo decir sí: el espíritu quiere ahora *su* voluntad,

el retirado del mundo conquista ahora *su mundo*".⁴⁴

Con las tres transformaciones anteriores se consolida la perspectiva del espíritu libre. El arte que con el juego, como el niño, siente el placer de crear. El espíritu creador rebasa la verdad nihilista fundamentada en la mentira de lo universal de la ciencia moderna. Por eso, el arte en el espíritu libre será capaz de rescatar la existencia, de estar por encima de la moral, mirando hacia abajo, hacia la tierra misma, abierto a la pluralidad de sentidos de la existencia.

El pensamiento moderno no es más que una secularización del cristianismo y los científicos los nuevos sacerdotes:

“¡de qué sirve todo el librepensamiento, toda la modernidad, toda la burla y toda la flexibilidad de un torcecuellos cuando se ha continuado siendo cristiano, católico e incluso sacerdote!”⁴⁵

Por lo tanto, la crítica de Nietzsche a la ciencia se centra en su rechazo a la objetividad científica como único y último criterio de verdad. La ciencia se convierte de nuevo en una religión, que ofrece la salvación en el progreso científico. Esta crítica se dará también hacia el poder que concentra todo el sentido de la modernidad: el Estado.

El Estado, para Nietzsche, es la representación del poder de la sociedad y de la moral sobre el individuo. La sustitución del ser divino que va a controlar todos sus aspectos vitales y que se identifica con la masificación de los valores y la pérdida de la identidad individual, lo cual supone el regreso al

⁴⁴ Ibid., p. 51.

⁴⁵ Cf. *Crepúsculo...*, op. cit., p. 92.

nihilismo cristiano, pero ahora secularizado en el aparato estatal. La sustitución del control divino por la sociedad moderna que asegurará el sometimiento de todos sus miembros.

El poder del Estado por medio de una moral que controla al individuo para reducirlo al anonimato de la masa. Sojuzgamiento del individuo hacia el poder del Estado, para ser guiado, ser conducido por la generalidad.

Para Nietzsche el Estado moderno cumplirá la misma función que tenía la religión antes de la modernidad. Por eso su crítica, en este momento, será contra la socialización de los valores esenciales que consolidan nuestra existencia.

La destrucción de la moral del Estado conlleva un rescate del yo. Ya no llevar a cabo la constante negación de su singularidad dentro de los parámetros marcados por el cristianismo o la modernidad. Su visión se da sobre una voluntad de muerte, de la aniquilación del individuo por el control del rebaño.

El Estado, como la sustitución de Dios mismo, obligará a todos a arrodillarse ante él. La obediencia al nuevo ídolo, sin protestar, convertirá a todos en seres de buenas conciencias, en ciudadanos, que por ser tan serviles merecen los más mínimos reconocimientos.

El Estado aparece como medio y finalidad para perdernos como conciencia e individualidad. Es el ídolo que nos lleva al suicidio colectivo, donde se quiere entrar en sus fauces destruyendo a los demás, pasarles por encima, creyendo que esa es la verdadera felicidad.

La crítica al Estado llevada a cabo por Nietzsche representa la destrucción de otro más de los fundamentos de la modernidad, tal vez el más importante, porque como afirma:

“Allí donde el Estado acaba comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción del necesario, la melodía única e insustituible. Allí donde el Estado *acaba*, --¡mirad allí, hermanos míos! ¿No veis el arco iris y los puentes del super-hombre?—”.⁴⁶

⁴⁶ Ibid., p. 85.

CAPÍTULO 4

LA MUERTE DE DIOS

Con la crítica llevada a cabo por Nietzsche a todo la metafísica occidental llegamos necesariamente al último capítulo donde hablaremos de los aportes filosóficos que lo consolidan como el más grande pensador radical de nuestra época actual.

Después de haber expuesto la crítica lapidaria y sin piedad de Nietzsche contra la filosofía platónica, quien fundamentó la metafísica occidental, el cristianismo, que tomó como base los soportes teóricos platónicos aunque de forma invertida, y la modernidad, donde se da una sustitución de todos los valores y principios platónico-cristianos sin llegar a un cambio de fondo. Analizaremos los temas torales de su filosofía: la voluntad de poder, el nihilismo, la transmutación de los valores, la muerte de Dios y el superhombre.

Como mencioné anteriormente, para Nietzsche es necesario asumir la muerte de Dios⁴⁷ e iniciar con esta postura la destrucción de la metafísica tradicional fundamentada en el nihilismo que nos lleva a desvalorizar el mundo por medio de valores ultraterrenales que se nos han impuesto por toda la tradición, desde la filosofía clásica socrática-platónica hasta la modernidad.

⁴⁷ Véase p. 12 del cap. 2 de este trabajo.

Es necesario recordar el camino que Zaratustra⁴⁸ se traza como el medio para poder llegar a vislumbrar una nueva aurora donde la valorización surja de la afirmación de la vida y no de su negación. El subir a la montaña y permanecer en soledad, le proporciona el ver con claridad que él es necesario entre los hombres. La soledad, como primera etapa, que origina su filosofía con una actitud de águila y serpiente, dionisiaca y apolínea, que valore las múltiples posibilidades ligadas al valor de la tierra.

Su soledad le ha proporcionado sobreabundancia de sabiduría que (esta es la segunda etapa) siente necesidad de compartir y regalar. Al dirigirse hacia los hombres se encuentra con el santo ermitaño que le aconseja que no baje hacia los hombres, que se quede, como él, alabando a Dios. Esta imagen del eremita es la crítica hacia la moral cristiana que se fundamenta en poner los ojos y las acciones en el máximo concepto, que no nos permite darnos cuenta que todo lo que significa Dios es absurdo. La alegoría que plantea Nietzsche cuando Zaratustra se aleja del anciano es:

“< ¡Será posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que *Dios ha muerto!*>”.⁴⁹

Con esta frase, Nietzsche inaugura una nueva etapa en el desarrollo del pensamiento occidental. La necesidad de destruir por completo el máximo concepto universal que tiene el mayor significado dentro de la metafísica tradicional. Una ideología fundamentada en el nihilismo que anula las fuerzas vitales del hombre para dejarse dominar por la nada misma. La necesidad de la

⁴⁸ Véase Prólogo del *Así habló Zaratustra*, op. cit., pp. 31 y ss.

⁴⁹ Ibid., p. 34. Esta cita ya se había utilizado sólo con la frase: *Dios ha muerto* en la cita 12 de la p. 12 del cap. 2.

muerte de Dios es la necesidad misma de destruir los conceptos por los cuales el sentido de la vida del hombre se fundamentaba. La verdad absoluta no es ya posible, por lo tanto, ya no hay una finalidad última por la cual debemos preocuparnos ni dirigir nuestra mirada. Ahora, al destruir a Dios como verdad eterna, se destruye el concepto que se tenía del ser mismo. Como el mismo Vattimo lo plantea:

“que el hombre abandone el centro para dirigirse hacia la X es posible únicamente porque “del ser como tal ya no queda nada””.⁵⁰

Esta postura del sinsentido del ser permitirá construir la filosofía de Nietzsche, ya que bajo estas condiciones el hombre será un ser que busque su autenticidad y su valor en el mundo a partir de la muerte de Dios y de la desvalorización de los valores supremos. La búsqueda de la filosofía será un rescate del auténtico valor que por tanto tiempo se le había negado al ser humano. El valor fundamentado en la transvaloración de los valores que habían consolidado a todas las esferas del quehacer humano. Esta transmutación de los valores se podrá llevar a cabo, según Nietzsche, por medio de la voluntad de poder. Por consiguiente, la máxima actitud de transmutación de los valores en nuestra época actual implica asumir la muerte de Dios. A partir de ésta se acabará el letargo intelectual en el que se ha mantenido al pensamiento occidental, desde Platón hasta la modernidad.

Para Nietzsche, de aquí en adelante, se tendrá el compromiso ineludible de sustentar el sentido de la vida en valores que afirmen a la vida misma.

⁵⁰ Cf. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1998, p. 23.

La voluntad de poder supone, de esta manera, una nueva postura que intentará lograr darle diferente valor del que se le daba a la tierra, a los sentidos y al cuerpo. Voluntad que logrará transformar las fuerzas reactivas y pasivas en fuerzas creadoras para abrirse a la multiplicidad de posibilidades que implica afirmar la vida. Por lo tanto, la muerte de Dios, significa –para Vattimo- que:

“Dios muere en la medida en que el saber ya no tiene necesidad de llegar a las causas últimas, en que el hombre no necesita ya creerse con un alma inmortal. Dios muere porque se le debe negar en nombre del mismo imperativo de verdad que siempre se presentó como su ley y con esto pierde también sentido el imperativo de la verdad”.⁵¹

Al morir Dios mueren con él todas las fuerzas del nihilismo reactivas y pasivas que se expresaban como voluntad de nada. Transvalorar significa afirmar el nihilismo activo porque no hay más fundamento único del que dependa todo lo que no existe: Dios. Dios, la nada, ya no será el punto de partida para dirigir nuestra vida; lejos ahora de la búsqueda de una verdad absoluta que nos proteja bajo su manto.

Dios, para Nietzsche, ya no existe. Su muerte nos ha traído la posibilidad y oportunidad que por tantos siglos se nos había ocultado. Por eso, hace el recuento de la historia de Dios como el concepto fundamental que no nos permitía mirar más allá del monoteísmo de occidente. La historia de Dios la resume en dos etapas:

⁵¹ Ibid., p. 27.

“Cuando era joven, este Dios del Oriente, era duro y vengativo [...]

Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre [...].

[...] cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión.”⁵²

El Dios de los judíos que sólo ha afirmado las fuerzas reactivas y pasivas que necesariamente tiene que llegar a la muerte. Dios mismo ha provocado su muerte del que, por tanto tiempo, ya había generado su envejecimiento. Como un Dios senil quiso mostrar su fortaleza en su principal debilidad: su piedad y su compasión. Bajo éstas Él mismo llegó a perecer.

Por eso, la posibilidad que nos da la muerte de Dios es la de llegar a ser creadores de valores que afirmen las fuerzas activas, y está representada por la actitud de Zaratustra cuando, por fin, asume que Dios ha muerto:

“... mi caverna es un buen puerto. Y lo que más me gustaría sería colocar de nuevo en tierra firme y sobre piernas firmes a todos los tristes.”⁵³

Este es el sentido último de la filosofía nietzscheana: comprender la vida como multiplicidad, abandonando el monoteísmo occidental pues ya no se tiene un solo fundamento ni verdad única, sino una pluralidad de posibilidades creadoras.

No se trata de un nuevo antropologismo teológico donde, ya que como sostiene Fink:

⁵² Véase “Jubilado” en: *Así habló Zaratustra*, op. cit., p. 350.

⁵³ *Ibid.*, p. 351.

“Nietzsche *no* coloca al hombre en el lugar de Dios: no diviniza ni idolatra la existencia finita. En el lugar de Dios , en el lugar del Dios cristiano y del platónico reino de las Ideas coloca la *tierra*. Tal vez ésta sea también una diosa antiquísima, pero una diosa informe, sin perfiles, que <está cercana y es difícil de aprehender>”.⁵⁴

La postura nietzscheana, sin embargo, nos lleva a la crisis del humanismo mismo, al plantear la voluntad de poder, la cual no se identifica con la idea del hombre que ha dominado a la metafísica tradicional, como sujeto cognoscente.

La voluntad de poder, superará la voluntad de la nada. Del ocaso con que se nos presenta la metafísica surge la actitud creadora del hombre como artista. El hombre, a través de la voluntad de poder, rescata ese valor que por tanto tiempo se le había negado como parte de su esencia: la libertad. Del crepúsculo del fundamento (Dios), en el cual se cimentaba toda la metafísica tradicional, surgirá una nueva filosofía que no tomará como base la autoconciencia, la objetividad, la evidencia, estabilidad y certeza indudable.

Con la afirmación de la voluntad de poder, como voluntad de creación, Nietzsche intenta llevar a cabo el rescate de la vida que la metafísica tradicional ha despreciado hasta tratar de llevar a cabo su aniquilamiento.

Al dársele el auténtico valor a la tierra, el superhombre le otorga el valor al cuerpo. Zaratustra predica que el hombre será el puente que nos lleve hasta él:

⁵⁴ Cf. *La filosofía de Nietzsche*, op. cit., p. 88. Las cursivas son del propio autor.

“El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, -una cuerda sobre un abismo. (...)

La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un *tránsito* y un *ocaso*.”⁵⁵

Por eso la propuesta filosófica de Nietzsche se consolida en su crítica hacia todo tipo de metafísica. El tránsito y el ocaso son los dos pasos para estructurar el sentido del mundo sensible y cambiante. Esto conlleva rescatar la esencia creadora que las virtudes metafísicas y cristianas siempre habían negado..

La voluntad de poder será tomada como autosuperación creadora donde la existencia misma juega libremente.

Por medio de la voluntad de poder, como afirmación de las fuerzas activas, creadoras, Nietzsche pretende lograr la superación de todo tipo de metafísica (moral, científica y filosófica), enfrentándola a la voluntad de nada del platonismo, del cristianismo y de la modernidad. Coloca a la voluntad creadora como el inicio de la reconstrucción del pensamiento de la filosofía renovadora de Zarathustra: la voluntad de poder. Esta voluntad utiliza un nuevo lenguaje para referirse a la búsqueda de sus valores. Ya no más se tomará como referencia el concepto de Dios sino que se hablará ahora en términos del superhombre:

“¿Podrías vosotros *crear* un Dios? - ¡Pues entonces no me habléis de dioses! Mas al superhombre sí podríais crearlo.

⁵⁵ Véase “Prólogo”, en: *Así habló Zarathustra*, op. cit., p. 36. Las cursivas son de Nietzsche.

¡Acaso no vosotros mismos, hermanos míos! Pero podríais transformaros en padres y ascendientes del superhombre: ¡y sea éste vuestro mejor crear! -".⁵⁶

De ahí la importancia de la voluntad de poder para, a partir de las cenizas del antiguo y viejo Dios muerto, crear al superhombre que no será más una sustitución imposible de lo anterior. La posibilidad de existencia del superhombre será recuperar el valor que anteriormente se le había negado a la tierra. A partir de ésta podrá ser posible, afirmar este nihilismo activo que nos permite superar a la metafísica.

La única posibilidad que nos hará pensar en la formación del superhombre será rescatar la tierra y, con ella, consolidar el sentido del cuerpo, el devenir y el tiempo.

Al llevar a cabo el rescate del sentido de la tierra, la filosofía nietzscheana recupera los valores vitales que la metafísica tradicional ha negado históricamente: el tiempo y la libertad humana, que ya no estarán más supeditadas por un ente trascendente, llámese idea, Dios, razón o progreso.

La libertad significa abrirnos a la multiplicidad de posibilidades que nos ofrece la vida sensible, negada bajo estos conceptos. Asumir la responsabilidad de ser creadores por medio del juego, del arte y el devenir para proyectarnos en el tiempo de una manera activa y creadora, que nos remite a la capacidad del niño que juega creando.

⁵⁶ Ibid., véase “En las islas afortunadas”, p. 131.

De ahí la importancia de rescatar el sentido del tiempo, como devenir, ya que, la metafísica tradicional le había quitado su valor, por afirmar un mundo atemporal y ahistórico.

Es necesaria la muerte de Dios, porque con esta desaparece la negación del tiempo y se recupera el sentido de la historia humana, de la vida y del cuerpo, afirmación del superhombre, quién ya no aceptará más una filosofía que intente darle un sentido único a la existencia.

“Malvadas llamo, y enemigas del hombre, a todas esas doctrinas de lo Uno y lo Lleno y lo Inmóvil y lo Saciado y lo Imperecedero.

(...) De tiempo y de devenir es de lo que deben de hablar los mejores símbolos; ¡una alabanza deben ser y una justificación de todo lo perecedero!”⁵⁷

La voluntad de poder será al mismo tiempo la voluntad de querer y la voluntad de crear para transvalorar, es decir, para transformar las fuerzas pasivas en activas:

“Para ser el hijo que vuelve a nacer, para ser eso el creador mismo tiene que querer ser también la parturienta y los dolores de la parturienta.(...)

Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. (...) es el que mi voluntad quiere.

Todo lo sensible en mí sufre y se encuentra en prisiones: pero mi querer viene siempre a mí como mi liberador y portador de alegría.

El querer hace libres: esta es la verdadera doctrina acerca de la voluntad y la libertad...”⁵⁸

⁵⁷ Ibid., p. 132-133.

⁵⁸ Ibid., p. 133.

Nietzsche considera de esta manera que es necesaria una fuerza creadora que nuestra voluntad de querer va a mantener siempre viva y fuerte. Esta actitud vital consolidará el pensamiento que nunca se cansará de crear ni de querer. Los valores estarán ligados al sentido de la tierra, Apolo-Dionisos, águila-serpiente que, junto con la inocencia del niño, realizarán la labor constructiva del pensamiento: la creación de valores, que consolidarán la filosofía de la vida, contrarrestando la destructiva, inoperante y despreciativa de la metafísica tradicional occidental.

La transmutación de los valores establecidos desde Sócrates y Platón hasta nuestros días serán destruidos por la filosofía del martillo.⁵⁹ Destruir lo que aparece como verdad absoluta, llámese idea, Dios o Estado. La transvaloración consistirá en afirmar los valores de la vida que han sido desvalorizados por la metafísica occidental.

Con la muerte de Dios, Nietzsche destruye los conceptos y valores de la tradición metafísica y los transmuta demoliendo también su moral, es decir, esa moral que afirma los valores que niegan la vida. Por lo tanto, es necesario crear valores que afirmen la vida.

La transmutación de valores rescata la pluralidad de direcciones de la vida contra la concepción esencial y única de la metafísica tradicional.

Su superación será la afirmación de la multiplicidad y pluralidad de caminos frente al pensamiento metafísico que postula la identidad.

⁵⁹ Cf., op. cit., véase en *Crepúsculo...*

CONCLUSIONES

La frase de Nietzsche: "Dios ha muerto" pretende afirmar los valores vitales negados por la visión metafísica a través de toda la historia de la filosofía de Occidente. No es sólo una síntesis de las principales tesis nietzscheanas, sino que representa la apertura a un pensamiento postmetafísico, diverso y múltiple como posibilidades frente al abismo que ha dejado la destrucción de la metafísica tradicional.

Muerto el monoteísmo que fundamenta a la cultura de occidente, ya no hay más un pensamiento unívoco, sino una multiplicidad de sentidos. No hay una sola verdad, sino una multiplicidad de perspectivas. Aquí se abre la posibilidad de llevar al pensamiento hacia la actitud creadora, que tendrá la característica de buscar no un solo fundamento de la verdad sino interpretar a la realidad y la naturaleza como devenir, espacio y tiempo, para lograr, por medio del juego, a la pluralidad de sentidos e infinidad de verdades. La sola idea de una verdad es destruida totalmente de la filosofía nietzscheana.

La propuesta de Nietzsche no es regresar hacia los fundamentos del pasado metafísico, sino que es recobrar el valor de la libertad perdida que se había anulado, y, con ello, la capacidad de crear.

La filosofía de Nietzsche supone la creación de un pensamiento, más allá de la metafísica y de las categorías de occidente. No se tiene más un centro fijo y determinado a partir del cual gira todo lo que existe. La ausencia de fundamento hace posible la existencia abierta a una multiplicidad de sentidos. La destrucción del pensamiento metafísico supone asumir la ausencia de fundamento para afirmar un pensamiento que intenta desplegarse en la multiplicidad de sentidos, rescatando la inmanencia del devenir.

Ya no habrá más una sola interpretación como lo planteaba y enseñaba la filosofía socrática-platónica. Contra esta metafísica la propuesta nietzscheana logra consolidar el rescate del sentido de la tierra. Esta tierra que empezó a ser desvalorizada desde Platón y a lo largo de toda la historia de la filosofía de occidente.

Ya no habrá una sola interpretación de la realidad como panteísmo como lo quiere imponer la religión judeocristiana. El Dios solitario que supone la negación del devenir y que, para Nietzsche, es seguir manteniendo las características de la Idea platónica. La crítica al pensamiento cristiano implica ya no aceptar la moral de esclavos que se nos ha impuesto a lo largo de toda la metafísica de occidente. Moral del rebaño que anula la capacidad del ser humano de crear, criticar y de buscar su propio sentido de la realidad.

Contra la moral cristiana tiene sentido la filosofía de Nietzsche. Pero también contra todo lo que supone la búsqueda de un solo fundamento. Esto implica no aceptar como eje de movimiento de nuestra existencia los fundamentos cristianos: La culpa y la obediencia. Para Nietzsche, el sentirnos culpables representa la negación de esta realidad que cambia, generando constantemente

movimiento. El sentirse culpables es crear un resentimiento contra todo lo que está a nuestro alrededor y nuestra propia naturaleza. Por eso, la culpa supone a la obediencia, no sólo hacia un ente metafísico, Dios, sino hacia los que se dicen representantes de Él en la tierra: los sacerdotes. Éstos que impiden que nos liberemos, que nos hacen someter nuestra existencia a Dios por medio de la culpa y la obediencia.

Por último, la esencia de la propuesta nietzscheana se centrará en la crítica a la modernidad donde se da la continuidad de la metafísica occidental. La sustitución del ser divino por conceptos como: Estado y verdad científica (objetividad), que continúan perpetuando el sometimiento hacia un solo sentido de la realidad.

Contra la modernidad, la propuesta de Nietzsche es amar el sentido de la tierra rescatando su valor, no negándola más. Por eso, el rescate de la individualidad libre que recobra vida en el superhombre. Con ello, el ser humano no será más esclavo de interpretaciones metafísicas que anulen su existencia misma, sino que se rescate la actitud creadora de cada individuo. Ya no habrá más una sola interpretación de la realidad como Dios, Verdad y Estado. El abismo se despliega ante nosotros. Nuestra tarea es pensar qué hacer frente a él.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bataille, Georges, *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*, Madrid, Ed. Taurus, 1979.
2. Deleuze, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Ed. Anagrama, 2000.
3. Fink, Eugen, *La filosofía de Nietzsche*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.
4. Heidegger, Martín, *Nietzsche. Tomo I y II*, Barcelona, Ediciones Destino, 2000.
5. Habermas, Jurgen, *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, México, Red Editorial Iberoamericana, 1993.
6. Klossowski, Pierre, *Nietzsche y el círculo vicioso*, Buenos Aires, Grupo Editor Altamira, 1986.
7. Nietzsche, Friedrich, *Así habló Zaratustra*. Madrid, Alianza Editorial, 1989.
 - *Consideraciones intempestivas I*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
 - *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
 - *Ecce Homo*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
 - *El anticristo*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2000.
 - *El culto griego a los dioses*, Madrid, Alderabán Ediciones, 1999.

- *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
 - *Humano demasiado humano I y II*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
 - *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
 - *La voluntad de poderío*, México, Edaf, 1996.
 - *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza Editorial. 2001.
8. Salomé, Lou Andreas, *Nietzsche*, México, Ediciones Juan Pablos, 2000.
9. Vattimo, Gianni, *El fin de la modernidad*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1998.
- *Introducción a Nietzsche*, Barcelona, Ed. Península, 1985.
 - *La secularización de la filosofía*, Barcelona, Ed. Gedisa, 2001.